

todos los oficios necesarios a una ciudad que se baste a sí propia. Cincuenta ciudades alemanas tienen hasta 10 000 habitantes y un grupo de 15 pasan de los 10 000. A la cabeza de ellas está Colonia, con más de 30 000.

De las ciudades inglesas sólo Londres supera los 10 000 habitantes. Pero es importante consignar que ya en el siglo XIV la ciudad de Londres oscila entre los 30 y 40 000 habitantes. Para París es seguro un crecimiento de población mucho mayor todavía, en su calidad de capital y de centro espiritual. De las ciudades flamencas parece haber tenido Brujas, al menos durante su prosperidad, la población más considerable. Gante, trabajada por graves luchas, contaba con cerca de 15 000 habitantes. En Italia encontramos cifras que superan con mucho las de las ciudades alemanas y la francesa de París. Hacia 1340 se calcula en 100 000 el número de habitantes de Florencia; a partir de esa fecha es notorio el descenso. A fines del XV Milán debía tener unos 85 000 habitantes.

Maquiavelo consideraba que el núcleo propio de la fuerza alemana residía en las ciudades. Eneas Silvio, a mediados del XV, describe las ciudades alemanas, sobre todo Colonia, Nuremberg y Estrasburgo, apuntando que pueden compararse con cualquier otra ciudad europea. En España, la árabe Córdoba tenía alrededor de 25 000 habitantes, en los tiempos de Abderramán III; Toledo, más de 10 000 y Barcelona, un número análogo. En general, las ciudades cristianas, erigidas por privilegios derivados de la Reconquista, tenían menor número de habitantes que las ciudades árabes, como Granada, Sevilla y Córdoba. Pero Santander y Coruña, puertos naturales alejados de la móvil frontera cristiano-árabe alcanzaron, ya para el siglo XIV, más de 20 000 habitantes cada una.

En general, no era feliz la distribución de la población por sexos en las ciudades mencionadas. En ciudades como Basilea, Nuremberg y Rostck, en los siglos XV y XVI, había por cada mil hombres, mil doscientas y aun cerca de mil trescientas mujeres. Los frecuentes matrimonios de viudas disminuían para muchas solteras la posibilidad de contraer matrimonio, posibilidad bastante modesta a causa del gran número de mujeres. Añádase a esto que en Toledo, por ejemplo, habría para la misma fecha, entre el siglo XVI y el XVII, tres mil hombres que por pertenecer al clero o las órdenes religiosas no contaban para el matrimonio. El convento o el matrimonio era el destino de las mujeres, precisamente en las familias más acomodadas.

*El Hogar del Artesano.*—En el hogar del artesano de la ciudad europea fue donde se honró por primera vez el trabajo, las profesiones serviles.

La Antigüedad clásica sólo había respetado la agricultura, cuando se era

propietario de tierras, como ocupación digna del hombre libre, considerando los oficios como trabajo propio de esclavos. El oficio es de origen urbano. Los caballeros y nobles de la Edad Media compartían aquel punto de vista. La Iglesia, al escribir San Agustín su tratado sobre *El trabajo de los monjes*, y fundarse los monasterios de la orden benedictina, había hecho valer las palabras del apóstol: "Si alguno se negare a trabajar, tampoco coma"; sin embargo, para la cristiandad ascética posterior, el trabajo era un castigo de Dios, provechoso como ejercicio de penitencia, malo cuando se ejecutaba con miras de subsistencia. La virtud contemplativa era superior a la virtud activa.

Con la ciudad moderna vino el reprochar los artesanos a los monjes su vida de mendigos perezosos; a las palabras del Evangelio sobre el lirio que no hila respondían los burgueses que toda la naturaleza tiene que trabajar para vivir. La poesía burguesa y los tratados de moral exaltan en todas las formas posibles la industria y satirizan la indolencia. El oficio, ni más ni menos que el estado eclesiástico, fue instituido directamente por Dios, por amor a la sociedad humana y en bien de ella; en parecidos términos se escribió el lema de los gremios de Nuremberg, en Franconia. Dios dedicó cada uno de los hijos de Eva a aquel oficio para que parecía más apto, según el lema del gremio de los tejedores de Gante.

El oficio era un estado en el cual sólo se podía ingresar empezando por el escalón más bajo, pero una vez que el artesano se hallaba adscrito a un oficio, a un gremio determinado, estaba protegido para toda su vida; iba ascendiendo peldaño a peldaño, por la escala jerárquica del oficio, lo mismo que se subía, empezando por el escalón inferior, la escala jerárquica de la universidad o de la caballería. En las plantas bajas de las casas se hallan instalados los talleres, que hacen veces, al propio tiempo, de tiendas al por menor. Las viejas ciudades son verdaderas sociedades de pequeños talleres, donde el maestro trabaja con uno o dos oficiales y un par de aprendices.

El trabajo está exclusivamente en manos de los maestros, que han ido subiendo desde el grado inferior de su oficio; en modo alguno se tolera el contratista y el intermediario. Las ordenanzas gremiales regulan minuciosamente el número de oficiales y aprendices que el maestro ha de sostener, cómo ha de llevarse el trabajo y qué precios se han de pagar por las primeras materias y cuáles se han de cobrar por el trabajo ejecutado.

En ese mundo de pequeños talleres se desarrolla un trabajo firme. Aún no es la vida agitada de la ciudad contemporánea; el compás de la existencia es todavía libre, suave y sosegado. Apenas se trabaja con luz artificial. En un trabajo continuo y seguro, relativamente largo y caro porque, fuera de las ferias, no se conocía la competencia. Se trabaja con un profundo sentido del deber,



sin apresurarse, de modo que el trabajo salía sólido y perfecto, tan bien rematado por dentro como por fuera, sin que el artesano se propusiese engañar al consumidor. Cada oficio tenía una tradición privada y el *Geschaumeiter* vela para que se mantenga íntegra. El respeto a lo tradicional en nada asemeja la artesanía de las ciudades a la uniformidad de la moderna fabricación en serie, ya que de los numerosos y pequeños talleres independientes salen de continuo variadas y renovadas iniciativas.

El habitante de aquellas ciudades, cuyo tipo es el artesano, vivía en un tiempo más pausado, se movía entre horizontes más limitados, y como consecuencia de todo ello ponía más atención en las cosas que le rodeaban, mostrábase alerta a todas ellas. Los enseres de su casa eran objetos sagrados, que pasaban de padres a hijos; su dueño los palpaba a menudo, con amorosa delectación. El ama de casa conocía por menudo su vajilla, cuchara por cuchara y plato por plato, y no había trebejo doméstico cuya historia no recordara.

Al paso que hoy parece ser única preocupación del comerciante la de vender objetos tan vulgares y prácticos como sea posible, fabricados con esa mira al uso del gran público, en el taller artesanal se trabajaba individualmente cada pieza, como si fuera un todo aparte, poniendo en la labor todo el amor de que era capaz el artesano. El ojo de una llave no era, por ejemplo, un simple aro, sino una placa de metal prolija y bellamente labrada.

*Un Paseo por la Ciudad.*—El viajero recorre a caballo pésimos caminos, a través de solitarios parajes, espesos bosques y ventosos yermos; se dirige a una ciudad. Duerme en una mísera posada porque sólo viaja de noche; tiene que guardarse de los nobles bandoleros fortificados en sus castillos. Cuando divisa a lo lejos los altos tejados de la urbe o sus esbeltos campanarios, le abandona una mortal congoja y su ánimo se ensancha. Mucho antes de entrar en la ciudad pisa ya el territorio de la misma. Desde el hito que señala los límites exteriores de la urbe, atraviesa bien cultivados campos, praderíos en que pastan los rebaños bajo una vigilancia común. Son los terrenos comunales, del común o de la ciudad. Goza también de un espectáculo no menos edificante: las horcas de la ciudad, de cuyos brazos penden los cadáveres de los criminales sujetos con férreas cadenas. Allí, delante de las puertas.

Allí está la ley y está la ciudad. Esa es la primera impresión del viajero. La urbe se abre ante él circundada de una muralla, con torres, bastiones y fosos. Traspasa un puente levadizo, y cruza una pesada puerta, defendida por torres donde se han esculpido las armas de la ciudad, o las imágenes de sus patronos.

La ciudad es una enorme fortaleza. La denominación de burgueses significa habitantes de un *burgo*, de un fuerte. Entra en el confuso y angosto

laberinto de las calles. Los ciudadanos se apiñan entre los muros urbanos. La gente no ha sentido todavía como una necesidad el ansia de aire, de luz y espacios libres. El pueblo se hacina, sintiéndose así como más confiado. Las necesidades del tráfico determinan la existencia de una espaciosa vía que desde cada puerta de la ciudad se dirige al mercado. El viajero advierte que los edificios se han construido sin orden ni concierto y que las casas no están numeradas; distingúense unas de otras por el nombre de su propietario, o bien por una figura o emblema que exornan la fachada. Un caballo indicaba un parador; el jarro, una taberna, etc. La vida callejera es tan varia como pintoresca. Los miembros de cada clase, oficio y edad se distinguen por su porte exterior; los regidores por sus largos mantos de mangas blancas y orla de piel; las amas de casa por los tocados altos en forma de cucuruchos y por el imponente manojo de llaves, insignia de su dignidad, que cuelga de su cintura; el notario por su ropón talar y el recado de escribir, prendido al cinto; el barbero y cirujano por el sombrero de anchas alas, los enormes lentes, las tijeras y el cuchillo. En las calles resulta imposible hacerse entender; el aguador vocea su mercancía, los pescadores su botín; el tamboril del municipio publica a voz en grito una ejecución. El herrador hierra los caballos en mitad de la calle; a la hora de la siesta forman ruedos los vecinos en las gradas de las casas o sacan afuera una mesa y ante ella se sienta el padre de familia, dispuesto a jugar a los naipes con algún vecino mientras apuran unas botellas y los curiosos transeúntes se entremeten en el juego.

Para el viajero que de los castillos, monasterios o alquerías diseminados por el campo llega a la ciudad, ésta se le ofrece como un enorme hormiguero cuyos moradores viven, hablan y azacanean con tal afán, se muestran tan sociales, que la mayor sorpresa embargo su ánimo. Esto no lo ha visto nunca. Lo que llama más su atención es el lado social del mundo urbano. Los principales puntos de reunión de la vida callejera son las fuentes que se levantan en las numerosas plazas; ciento sesenta y seis pozos y doce fuentes tiene Nuremberg, al decir de sus poetas, y Toledo, nueve fuentes. También los puentes, generalmente romanos, sirven de lugares de reunión a los ciudadanos, pues la mayor parte de las ciudades están edificadas a orillas de un río. Bulle en las calles la vida industrial y mercantil. El viajero encuentra las calles de Curtidores, Tintoreros, Zapateros, etc. Respiranse a trechos los penetrantes olores de las pieles, del queso, de la cola y la madera fresca. De los talleres se escapan retazos de canciones. El ayuntamiento, la casa de la ciudad, es el núcleo de la vida ciudadana. El ayuntamiento no es un recinto impersonal y burocrático, sino la "casa del común". En las arcadas del piso bajo o en el patio interior se reúnen cotidianamente los ciudadanos, a charlar sobre sus asuntos, a contar chascari-